

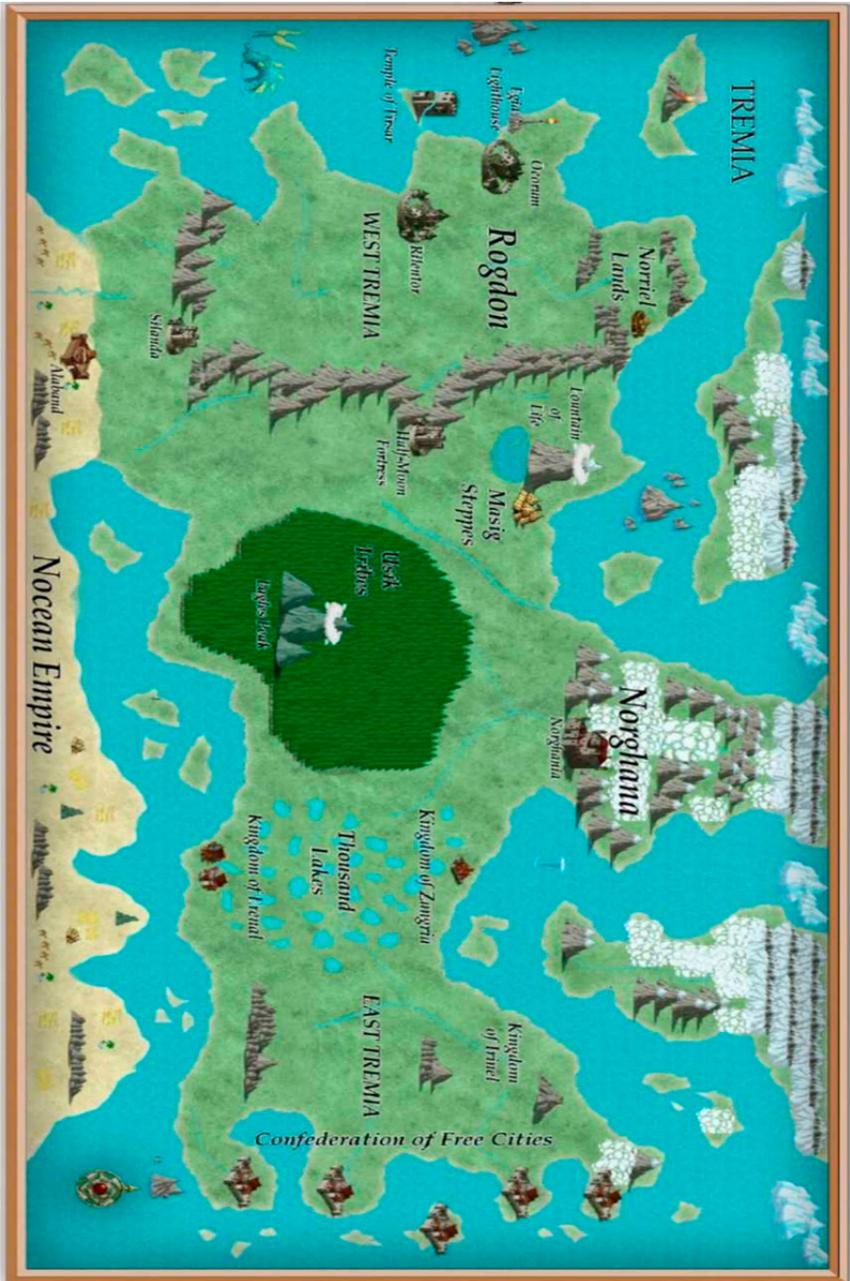
PEDRO URVI

EL REY DEL OESTE

EL SENDERO DEL GUARDABOSQUES LIBRO 7

Lasgol y sus compañeros se encuentran inmersos en sus misiones como Guardabosques Especialistas y las situaciones y problemas a los que se enfrentan son mucho mayores de lo que imaginaban. La guerra civil en Norghan se intensifica. El Rey Thoran con el apoyo de los nobles del este y un ejército de mercenarios pagados con el oro de la corona quieren poner punto y final a la rebelión de la Liga del Oeste y acabar con el Rey del Oeste por cualquier medio necesario. Nuestros amigos se verán envueltos en intrigas, traiciones, persecuciones, asesinatos, batallas, asedios y todo tipo de situaciones que pondrán a prueba su lealtad no sólo hacia su reino sino hacia sus amigos y compañeros.

Esta serie está dedicada a mi gran amigo Guiller.
Gracias por toda la ayuda y el apoyo
incondicional desde el principio cuando sólo era
un sueño.



Capítulo 1

Los copos de nieve caían de un cielo nublado, meciéndose con suavidad llevados por el gélido soplo de una corriente invernal cuya existencia se agotaba. Se acercaba la primavera y con ella llegarían las cálidas brisas al norte de Tremia. El paraje Norghano, eternamente níveo, se transformaría y miles de colores vibrantes y alegres saldrían a la luz en las zonas bajas. Los bosques y valles pronto despertarían y la vida regresaría a ellos después del largo letargo invernal. Flora y fauna eclosionarían bajo la cálida mirada de un sol que apenas había aparecido en las dos últimas estaciones y al que echaban de menos.

Un manto de nieve gruesa cubría el camino bajo una tormenta no muy gélida, lo que permitía disfrutar de los campos y del bellissimo paisaje ante ellos. El camino, las praderas a ambos lados, los bosques algo más al este y al norte... todo cuanto el ojo alcanzaba a ver estaba cubierto de nevisca. Las imperecederas montañas al fondo, con sus picos y laderas tapizadas en blanco, observaban indiferentes a los hombres, el clima y el paso del tiempo.

—No os retraséis —dijo Lasgol girándose sobre la silla de Trotador para mirar a su espalda.

«No retrasar. Jugar un poco» le llegó el mensaje mental de Camu acompañado de un sentimiento de júbilo.

—Está bien, pero solo un poco.

Lasgol observó a la traviesa criatura saltando sobre la nieve al borde del camino. Parecía un niño al que acabaran de dejar salir a jugar al campo nevado tras pasar días encerrado en una cabaña esperando a que la tormenta pasara.

Su eterna sonrisa y ojos saltones hacían de Camu una criatura adorable y a él se le derretía el corazón cuando lo veía disfrutar. Seguía creciendo y ya tenía el tamaño de un lobo. Sin embargo, viéndolo botar y saltar entre la nieve, a Lasgol no le quedaba duda alguna de que era todavía una cría grande y revoltosa.

Ona se acercó a Camu por su espalda, agazapada, con sigilo, escondiendo su presencia y de pronto dio un salto enorme. La pantera de las nieves cayó sobre Camu como si estuviera cazando una presa en las montañas. Los dos se revolcaron por la nieve soltando gruñidos y chilliditos de pelea y lo que Lasgol interpretaba como risas animales. Pelearon, saltaron, jugaron y retozaron como dos hermanos pasándosele en grande. Lasgol tuvo que esperar a que se cansaran de divertirse. La verdad era que no le importaba, ellos eran felices jugando y él disfrutaba muchísimo contemplándoles. Ahora que los veía juntos, y lo bien que se llevaban, se daba cuenta de la suerte que había tenido al conseguir la Especialización de Élite de Susurrador de Bestias y con ella a Ona como familiar.

—Tranquilo, Trotador, ya sabes cómo son... menos mal que tú no eres travieso como ellos —susurró a su fiel poni que asintió moviendo la cabeza como si entendiera y le diera la razón.

Le acarició el lomo y sonrió. Poco a poco, el bueno de Trotador se iba acostumbrando a Ona. O más bien, ya no se asustaba tanto cuando ella se le acercaba. Lasgol había estado trabajando durante días con el poni hasta que había conseguido que aceptara a la pantera. Por suerte las técnicas de Susurrador de Bestias que el Maestro Gisli le había enseñado le estaban sirviendo bien. Aun así, le había llevado su tiempo. No culpaba al pobre Trotador por asustarse de un gran felino y menos aun teniendo como compañero al travieso e inquieto Camu.

Ona se quedó mirando los bosques un momento y Camu comenzó a camuflarse. Un instante después desapare-

cía. Ona giró la cabeza hacia Camu y al ver que no estaba junto a ella dio un enorme respingo. Se quedó perpleja mirando en todas direcciones.

«No hagas eso, sabes que Ona no lo entiende» regañó Lasgol a Camu con un mensaje mental usando su Don.

«Sí. Divertido».

«No, no es divertido. La pobre se ha llevado un susto y está mirando a todos lados sin entender qué ha pasado. No seas malo».

«No malo. Jugar».

«No puedes jugar con ella al escondite con magia. Ya lo hemos hablado. Ella no entiende cómo desapareces sin más y se asusta».

«Más divertido».

Lasgol negó con la cabeza ostensiblemente desde su montura. Sabía que Camu estaría mirando y vería su gesto de desaprobación, aunque él no pudiera ver a la inquieta criatura. De pronto, unas huellas comenzaron a aparecer en la nieve, huellas de cuatro patas que se alejaban de Ona en dirección este.

«Te veo, pilluelo».

«No ver».

«Bueno, ver no. Pero sé hacia dónde vas».

«No saber».

Lasgol rio. Camu era tan travieso como cabezota.

—Ona. Rastrear —comandó Lasgol y le hizo una seña para que lo hiciera hacia el este.

La pantera lo miró y acató la orden, como siempre hacía. Al centrarse en rastrear, Ona dejó de sentirse perpleja. Encontró el rastro de Camu sobre la nieve y comenzó a seguirlo. Sus instintos felinos y el entrenamiento con Lasgol tomaron las riendas y comenzó a moverse como un cazador letal en busca de una presa que cazar.

«Te va a encontrar...» avisó Lasgol a Camu.

«No encontrar. No ver».

«Para encontrar algo no hace falta verlo».

«Sí hace».

Lasgol negó con la cabeza y rio. No iba a convencer a Camu, así que lo dejó seguir con su juego. Observó cómo Ona no solo seguía el rastro sobre la nieve, sino que olisqueaba, lo que significaba que había captado el olor de Camu, y ahora no lo soltaría. Lasgol se frotó las manos para entrar en calor y en anticipación de la caza que Ona iba a hacer. ¿Sería capaz la pantera de dar caza a Camu en estado invisible? Se le antojaba complicado, pero Ona era muy lista. Todavía era joven y le faltaba la experiencia de los años, pero era muy despierta e inteligente.

—¿Tú qué crees, Trotador? ¿Encontrará Ona a Camu?

El poni relinchó y sacudió la cabeza.

—¿Tú tampoco crees que lo consiga? Yo no estoy seguro... pero creo que puede tener opciones. Veamos qué pasa.

La nieve seguía cayendo y Lasgol sintió algo de humedad y frío por la espalda, así que se arrebujó en su capa con capucha de Especialista. Vestía la invernal, completamente blanca y que abrigaba y protegía del clima adverso. Llevaba el pañuelo de Guardabosques, también invernal, cubriéndole boca y nariz. Comprobó sus armas. En el costado izquierdo de Trotador descansaban sus dos arcos: el corto y el compuesto protegidos por fundas de cuero. A su cintura, como era reglamentario, llevaba su hacha corta y cuchillo largo de Guardabosques. Todo en orden.

«No encontrar» dijo Camu que llegó hasta un roble y se ocultó tras él. Lasgol podía ver las huellas que la criatura había dejado tras de sí.

«No cantes victoria todavía».

«Ella no encontrar. No verme».

Lasgol observó a Ona. La pantera llegó hasta el roble siguiendo el rastro que poco a poco iba quedando cubierto por la nieve que continuaba cayendo. Ona olisqueó junto al roble. Lasgol no vio aparecer más huellas partiendo del ár-

bol, por lo que supuso que Camu se había quedado quieto detrás de él.

Ona miró a Lasgol esperando una orden.

—Ona. Derribar —comandó.

La pantera miró a Lasgol y luego al frente. Lasgol estaba seguro de que Ona sabía dónde estaba Camu. ¿Pero lo derribaría si no era capaz de verlo? Le pareció un ejercicio curioso e interesante. Estaba intrigado por lo que ocurriría.

De súbito, Ona dio un salto y Lasgol pensó que ya lo tenía, que caería sobre la criatura tras el roble.

Se equivocó.

La pantera se encaramó al árbol y trepó por una de las ramas cubiertas de nieve.

Camu se hizo visible al final de la rama, soltó un chillido de alegría y se puso a bailar como siempre hacía, flexionando sus cuatro patas y moviendo la cola. Ona himpló también de alegría y movió su enorme cola, contenta por haber encontrado a su amiguito.

«Ya te dije que te encontraría...».

«Ona lista».

«Sí y muy buena y obediente, no como tú».

«Yo bueno».

«Ya... seguro...».

«¿Cómo encontrar?».

«Ha seguido tu rastro. A ti no te ve, pero ve tu rastro y capta tu aroma».

«¿Aroma?».

«Tu olor».

«Yo no olor».

Lasgol soltó una carcajada. «Sí, tú desprendes olor. Todos lo hacemos y el de cada uno es diferente. Ella puede captarlo».

«Trotador olor. Yo no».

Lasgol puso los ojos en blanco.

«Vamos, sigamos que me estoy empezando a quedar frío».

«Yo no frío».

«Ya lo sé, tú no sientes el frío».

«Ona tampoco».

«Ya, pero yo solo soy un pobre humano y nosotros los humanos sentimos el frío y hasta nos congelamos vivos».

«Humanos raros».

«Ya, y vosotros dos sois de lo más normales».

«Sí. Muy normales».

Lasgol rio.

—Vamos, Trotador, sigamos, ya casi estamos. Quiero cenar caliente esta noche y estoy seguro de que tú apreciarás un buen establo en el que descansar.

El poni se puso en marcha.

«Camu, nos vamos».

La criatura le miró e inclinó la cabeza. Saltó de la rama y fue hacia él.

Lasgol silbó.

—Ona. Aquí —comandó.

La pantera también saltó y obediente se acercó a la estela de Lasgol, guardando una pequeña distancia de seguridad tal y como Lasgol le había enseñado a hacer para no poner nervioso a Trotador. Camu se puso a su lado y le dio un lametazo cariñoso con su lengua azulada. Ona lo agradeció con un himplido suave y grave, casi un ronroneo.

Llevaban muchos días de trayecto. Por suerte ya llegaban a su primera parada importante antes de dirigirse a su destino final y Lasgol tenía muchas ganas de realizar este alto en el camino. Se había separado de sus compañeros hacía ya varios días. Primero fue Ingrid la que partió, dirigiéndose al Oeste. Luego fue Viggo, que se dirigió al sur. Y finalmente Astrid que partió hacia la capital, a Norghania.

Lasgol dejó salir un largo suspiro. Trotador le echó una mirada.

—Tranquilo, no pasa nada —susurró él acariciándolo.

La separación de sus amigos le había dejado un agujero en el estómago que no conseguía tapar. Sentía una sen-

sación de vacío por la ausencia de sus compañeros que no conseguía llenar. Llevaba tanto tiempo con ellos, siempre juntos, que había olvidado lo que era enfrentarse a la vida por sí mismo, en solitario, sin ayuda. Respiró profundamente. Ahora tenía que cumplir las órdenes que le habían encomendado y debía hacerlo en solitario. Era un Guardabosques, un Especialista, y en la mayoría de las ocasiones ellos actuaban a solas. Eso lo sabía y lo aceptaba y se sentía preparado para ello. Había pasado cuatro años formándose para ser Guardabosques y otro para convertirse en Especialista. Sí, estaba preparado para hacer frente a casi todo.

Observó la nieve caer mientras Trotador avanzaba con ritmo tranquilo pero seguro. Lo iba cubriendo todo de un blanco precioso y le entró la melancolía. Solo habían pasado unos días y ya los echaba muchísimo de menos a todos. Sobre todo, y en especial, a Astrid. La despedida había sido dura, muy dura. Se amaban y sus jóvenes vidas se separaban y ambos sabían que se enfrentarían a peligros mortales. Había una clara posibilidad de que no volvieran a verse. Esa certeza les afectó mucho a los dos.

—Nos volveremos a ver pronto —le aseguró Lasgol.

Ella asintió y se abrazó a él como si fuera a perderlo para siempre.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Nada podrá separarnos. Nunca.

—¿Ni la muerte?

—Ni la muerte, porque no nos alcanzará. Nuestro amor conseguirá evadirla.

—No dejes que te alcance... moriría de pena...

—No lo haré —le aseguró él.

Se abrazaron con fuerza, incapaces de separarse, deseando que por algún capricho del destino pudieran seguir juntos. Sus sentimientos estaban a flor de piel. El amor que sentían era tan profundo que la separación y la ausencia iban a partirles el corazón.

—Envía noticias a la capital cuando termines la misión —le pidió Astrid.

—De acuerdo. Intentaré encontrarme allí contigo.

Astrid asintió.

—No tardes demasiado.

—No lo haré. Y tú ten mucho cuidado. Tengo un mal presentimiento con tu misión.

—¿Porque me reclama el Rey?

Lasgol asintió.

—Es peligroso.

—Todos los reyes lo son.

—Este particularmente. No dejes que te envíe a una misión suicida.

—No tengo intención de morir. Quiero envejecer a tu lado.

—Antes tendremos que solventar algunos peligros.

—Lo haremos. No tengo duda.

Lasgol asintió y sonrió levemente. Quería mostrarse fuerte por ella, por los dos.

—Nos vemos en Norghania.

—Pronto.

Se unieron en un abrazo de despedida. Lasgol no quería alejarse de ella, deseaba que aquel momento durara toda eternidad. La amaba y en sus brazos era feliz. Sabía que debían separarse, que no había otra opción, y le dolía como si le estuvieran atravesando el corazón con una daga candente.

—Ojalá pudiéramos... —dijo ella.

—Tenemos un deber que cumplir... Somos Guardabosques.

Astrid asintió.

—Lo sé... Lo cumpliremos.

—Por Norghana.

—Por Norghana.

Se besaron larga y apasionadamente. Al soltarse Lasgol le cogió la mano y se la besó.

—Te amaré siempre.

—Y yo a ti, mi amor.

Y aquellas palabras se le quedaron grabadas a Lasgol en el corazón con el fuego de un amor tan puro como ardiente.

Resopló y salió de su ensoñación. Se quitó la nieve de la cara puesto que le estaba impidiendo ver bien el camino y dirigió a Trotador hacia la recta final del trayecto. El poni avanzó sin queja, como siempre hacía. Era un fiel compañero con el que siempre se podía contar. Eso le hizo pensar en Viggo y sus palabras de despedida poco después de que Ingrid se separara de ellos en el camino.

—*Rarito*, no te metas en más líos —le había dicho.

—No soy *rarito* y sabes que nunca busco líos en los que meterme, no como otros...

Viggo sonrió poniendo cara de no haber roto nunca un plato.

—¿Yo? No sé a qué te refieres... —dijo abriendo las manos como si nunca hiciera nada malo.

Lasgol puso los ojos en blanco.

—Ya y yo soy un Tirador Infalible.

—No me entiendas mal, no es que no me guste un poco de lío de vez en cuando para darle un poco de emoción a las cosas. Pero los tuyos siempre van acompañados de extraños misterios y la maldita magia. Eso no me gusta nada.

—Yo no me meto en líos. Lo que ocurre es que tropezamos con situaciones complejas y singulares...

—Llámalo como quieras, pero no te metas en más *situaciones*, ni complejas ni singulares porque ya no estaré para sacarte de ellas.

Astrid, que observaba la escena con los brazos cruzados sobre su montura, soltó una risita divertida.

—Tú tampoco estarás...

La cara de Astrid se ensombreció.

—Cierto. Ahora cada uno deberá cuidar de sí mismo.

—Mantente alerta y, por los Dioses de Hielo, no te metas en más líos hasta que esté yo contigo —le dijo Viggo a Lasgol.

—Lo intentaré.

—Así me gusta.

—¿Y tú?

—¿Yo? Yo estaré perfectamente bien. Estás hablando con Viggo, Especialista de Élite, Asesino Natural. Pronto mi nombre será leyenda entre los Guardabosques.

Astrid soltó una carcajada.

—Primero tendrás que empezar a demostrar algo... digo yo.

—Pan comido. En cuanto me ponga con la primera misión, voy a triunfar.

Lasgol y Astrid negaron con la cabeza.

—Cuando los bardos y trovadores canten mis hazañas a lo largo y ancho del reino veréis como no os reís tanto.

—Lo peor es que lo dices convencido —le dijo Astrid.

Viggo se reafirmó.

—Mejor cuídate mucho. Dicen que Orten, el hermano del Rey es un bruto y tiene muy malas formas y costumbres...

—Cosas de ser de la nobleza Norghana. No me asusta.

—De todas formas, ándate con cuidado.

—No te preocupes, me andaré con ojo. Siempre lo hago.

Se abrazaron y Viggo marchó en dirección sur.

Recordar la despedida de su amigo lo reconfortó. Miró las nubes oscuras en el cielo inclemente y pensamientos negativos le asaltaron. Habían pasado un año muy intenso en el Refugio y mientras ellos se formaban, la guerra civil en Norghana se recrudecía. Con la primavera ambos bandos volverían al asalto y la sangre cubriría los valles y montañas Norghanas. Como Guardabosques que eran se verían inmersos en la contienda, tendrían que elegir bando una vez más y no sería sencillo. El Rey ya no era un Cambiante.

Thoran era el Rey legítimo por el Este y se sentaba en el trono. Arnold era el rey del Oeste y buscaba arrebatarse a Thoran su trono, pues por sangre tenía derecho. Lasgol inhaló el frío aire y dejó escapar una bocanada de vaho. Por otro lado, estaba el feo asunto de los Guardabosques Oscuros que tenía a Lasgol muy intranquilo. Una organización secreta de Guardabosques, que buscaban matarle. No sabía quiénes eran ni por qué querían hacerlo, pero tendría que averiguarlo si quería seguir con vida.

Resopló con fuerza y Trotador lo miró.

—Sigue, amigo, ya casi estamos.

Y, para terminar, estaban las misiones que les habían encomendado. Todas eran peligrosas, pero tendrían que cumplirlas todos y no morir en el intento. Se sacudió los malos sentimientos y nervios de encima. No iba a temer, se enfrentaría a todas las situaciones cuando llegara el momento, al igual que sus amigos. Y saldrían adelante, como habían hecho hasta entonces. O así lo esperaba él.

Continuó avanzando bajo la nieve con muy mal cuerpo.